

### LA ILÍADA EN VERSO

Todavía hay mucha gente que no conoce la *Iliada* sino a travéz de José Gómez Hermosilla. Hermosilla es hombre del siglo XVIII o, por lo menos enhorquetado entre dos siglos: nació en 1771, murió en 1834. Como era habitual en su tiempo y en su país, consideraba a la *Iliada* no como una rapsodia primitiva, sino como la más elegante de las epopeyas. Se entusiasma Hermosilla con los símiles de Homero y con las arengas de sus personajes, dechados —según él— de oratoria perfecta. No se entusiasma tanto, con los vestigios del primitivismo, que a menudo trata de disimular. Las repeticiones de versos le parecen “inocentadas”. A los relatos sobrenaturales, como el de los caballos que hablan, él los llama “cuentos de viejos”. Hermosilla no comprende la naturaleza de los epítetos homéricos, aferrados ritualmente a cada sustantivo. Por supuesto, no se atreverá a traducir: “Hera, la de ojos de novilla”. sino: “la hermosa Juno”. Insiste en la mala costumbre (todavía arraigada en ciertos arrabales de la cultura) de llamar a los dioses griegos con nombre romanos.

Hermosilla cree que Homero “no pudo ser un bardo” como los que cantaron las epopeyas germanas, sino un hombre culto, habitante de ciudades populosas y conocedor de muchos refinamientos de la civilización. Si Homero describe el tocado de Hera, cuando la diosa se acicala para seducir a Zeus, Hermosilla se exalta: ¿Qué puede añadir ahora para su engalanamiento la mujer más rica de Londres o de París?”. Se imagina a Homero (al pobre fabuloso, tal vez ciego Homero) como un poeta cortesano, como los que en su tiempo asistían a la “toilette” de las marquesas.

No debemos burlarnos demasiado de la traducción de Hermosilla. No es toda suya la culpa si sus endecasílabos traen a ratos un eco poético de Garcilaso, como “el triste lamentar de los que mueren”. Peor es que no se atreva a llamar a la Aurora “la de dedos rosados” y nos diga con una terrible cursilería dieciochesca: “y cuan-

do ya la aurora matutina —sembró de rosas la región etérea”... Ya es bastante milagro el que, a pesar de tantas incomprendiones, se vislumbre a veces en la traducción de Hermosilla cierto pálido resplandor de la belleza antigua.

Cuando Leopoldo Lugones se animó a poner en verso varios fragmentos de la *Iliada*, ya era más cabal en el ámbito de nuestro idioma el conocimiento del antiguo poema. Estaba, ahí, a mano, la traducción en prosa de Leconte de Lisle (retraducida en edición valenciana por Germán Gómez de la Mata, y plagada de horribles galicismos: acaienos por aqueos, argienos por argivos, danaenos por dánaos) que, a pesar de todo, logra dar una idea del carácter primitivo del poema: “Sólo el autor de los Poemas Bárbaros podía traducir a Homero” —advertían los editores—. También estaba la traducción de Luis Segalá y Estalella, bastante pulcra y aclaradora del texto griego, aunque se resienta (más que de estar en prosa) de ser excesivamente prosaica. Segalá comprende la naturaleza de los epítetos homéricos, pero su sentido del castellano no siempre lo guía por los mejores rumbos. Así, a “Aquiles, el de los pies ligeros”, él lo llama “el celerípede Aquiles”.

Lugones publicó su versión del canto primero de la *Iliada* en *La Nación*, en mayo de 1922. Después, espaciadamente, vertió numerosos fragmentos homéricos, recogidos luego en sus *Estudios helénicos* (1924) y *Nuevos estudios helénicos* (1928). Su esfuerzo es considerable. Tal vez su primer acierto consista en haber pasado del endecasílabo de Hermosilla (y de todos los traductores primitivos) al alejandrino. Al fin y al cabo, decía Lugones, “nuestro alejandrino es el exámetro romanceado”. Eso le permitió cumplir la valiente hazaña de trasladar exámetro por exámetro en el mismo número de versos. A menudo acierta con el epíteto exacto (o convincente) de los dioses: Atena la ojizarca, la Aurora rosodáctila, Tetis pies de plata, la crisótrona Heva... A ratos la versión de Lugones lleva la marca de su talento. Es homérica y es lugoniana. Así cuando Zeus confirma su promesa a Tetis con una señal de su

entrecejo: "Al signo de las azules cejas —ondeó el fragante pelo del rey en la inmortal-cabeza, y el Olimpo retumbó colosal".

Junto con tantas virtudes es natural que se le puedan enumerar una serie de errores. Algunos los comparte con los traductores anteriores: así, habla de la flota "anclada", lo que (según parece) es un anacronismo; nombra —como Hermsilla— "la ínfula del dios". Y los entendidos nos aseguran que ese sustantivo no admite singular: siempre son "la ínfulas"; el sacerdote Crises le recuerda a Apolo que muchas veces adornó su "iglesia"; ya "templo" (como en Hermsilla) hubiera sido excesivo, pues se trata más bien de templetes o santuarios improvisados. Otros errores resultan de propia invención. Por ejemplo, el sacerdote Crises insiste en querer pagar una "multa", cuando de lo que se trata, es, simplemente, de un rescate para que le devuelvan a su hija. Cuando Agamenón se enoja con el sacerdote lo llama: "adivino de males"; así ponen con rara unanimidad todos los traductores; pero Lugones prefiere decirle al dolorido adivino: "mago avieso". A veces en la traducción lugoniana los ripios se vuelven demasiado evidentes: "A la linda Criseida la embarcó con esmero". O se desliza algún nombre latino ("el ingenioso Ulises") que ya no se justifica en las versiones modernas. El protagonista de la Odisea ya no puede llamarse sino Odiseo. Alguien advirtió también que a Criseida (o Crise), que ha permanecido como presa de guerra en la tienda de Aquiles, Lugones la llama inexplicablemente, "la doncella Crise", dándonos una tristísima idea de la impetuosidad del colérico hijo de Peleo. (Todo esto sin salirnos del primer canto).

Recordé las viejas traducciones de la *Iliada* en presencia del reciente "traslado" de los nueve primeros cantos publicado por Alfonso Reyes en una hermosa edición mexicana. Citando a Butcher y Lang, afirma Reyes que las versiones en prosa "pueden dar la verdad histórica de Homero, no su verdad poética. Y en cuanto a las traducciones castellanas en verso, fácilmente se comprenderá mi deseo de intentar otra más a mi gusto. Más cercana a los lec-

tores de hoy, y que tampoco sea una paráfrasis, sino una traducción verdadera, e informada en el presente estado de los estudios homéricos".

Sin duda Reyes estaba en las mejores condiciones para emprender esta riesgosa empresa. El unía al vasto conocimiento de las cuestiones homéricas una rara habilidad en el manejo del verso castellano. Los pequeños problemas de la traducción le eran familiares desde hace tiempo. Ya una vez había pensado, en broma, en una versión confianzuda de la *Iliada* (De la traducción en la experiencia literaria): "Supongamos que el texto griego dijera: "¡Oh, Peleida! Narra con aladas palabras tus aventuras con Briséis". Pues bien... mi exámetro bárbaro diría así: "Anda, Peláez, ve diciendo como te ha ido con Brígida".

Para su versión en serio, Reyes, optó por el alejandrino, como Lugones. A veces repite los felices epítetos del argentino: "Atenea la ojizarca". Pero en general puede afirmarse que su verso es más fluído, más musical y transitable. Su alejandrino nos trae alguna vez una reminiscencia de la cuaderna vía de Berceo: "Sacerdote de Hefesto en la ciudad de Ilíon —fue Dares, opulento e intachable varón. A ratos se tiñe de un inquietante modernismo. Aquiles, "mientras ruega a su madre con manos anhelosas— explora la envinada lejanía del mar". Otras veces se nos vuelve familiar y cercano; el prudente Hefesto advierte a su madre Hera: "Si el padre se enfurece, —se nos agua la fiesta"... Y a menudo es fluído y propicio al recuerdo y a la recitación: "Y el padre de los dioses Humanos sonreía, —y dijo a la Afrodita de oro: —Niña mía,— no te incumbe la guerra. Vuelve a tus familiares —dulzuras de himeneo, y deja las porfías a cargo de Atenea y el impetuoso Ares". También necesariamente, recuerda a Lugones: éste había puesto en boca de Aquiles: "Pues quien oye a los dioses es de ellos escuchado". Y Reyes: "Quién escucha a los dioses de ellos será escuchado."

Por suerte Reyes no incurre (al parecer) en ninguno de los

errores que hemos señalado en Lugones. Tal vez caiga en algún otro menor, como llamar "estentóreos" a los heraldos. En la *Ilíada* se habla del heraldo Estentor, cuya voz resonaba con la de cincuenta hombres. De él salió el adjetivo estentóreo. Pero en la *Ilíada* sólo resulta lícito el sustantivo.

Por excepción, el verso de Reyes se vuelve de pronto dificultoso, como en esas "ecuóreas rutas" por donde navegan los aqueos. En Hermosilla iban por las rizadas olas y en Segalá por "líquidos caminos"; en Lugones, por "líquidas rutas"; en Reyes, "surcan los bogadores las ecuóreas rutas", verso que se agrava con el obligado consonante: "las escorias polutas".

Señalo sin intención crítica los imperceptibles lunares de una traducción excelente. Alguna vez, comentando varias traducciones del *Cementerio Marino* de Valéry, Reyes auspició la idea de una versión colectiva, en la que se tomara lo mejor de cada traductor personal. Con el traslado de los nueve primeros cantos de la *Ilíada* (¿no hay en ese número una secreta invocación a las nueve hermanas?) Reyes nos ha demostrado que puede substituir con holgura a un equipo de intérpretes y que cabe esperar de él la más poética versión castellana de la *Ilíada*.

José Luis LANUZA.

*La Nación*. Buenos Aires,

4 de mayo de 1952.

## LA X EN LA FRENTE

Por Alfonso Reyes. "Porrúa y Obregón, S. A.", México, 1952.

Durante los primeros días del mes de mayo apareció el primer tomo de la colección *México y lo Mexicano* que dirige el doctor Leopoldo Zea. El tomito de Reyes, *LA X EN LA FRENTE*, es una colección de pequeños trabajos en que Reyes expresa su claro pensamiento en torno a México y sus problemas. Estudia algunos de los rasgos característicos del mexicano, así como las nuevas formas de nuestra sensibilidad, síntesis de la sensibilidad indígena y europea, que bien vista, difiere en mucho de la sensibilidad de otros hombres.

El epígrafe del libro "¡Oh, X mía, minúscula en tí misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!" responde a la idea que tiene Reyes de México. La X es, en efecto, una guía de los cuatro puntos cardinales. Cada uno de sus extremos apunta a un continente del globo: Europa, Africa, Asia y Oceanía. En México se cruzaron varias razas: la española, la negra, la amarilla oriental de las Filipinas, pero teniendo siempre como punto de apoyo nuestra dulce y melancólica raza india.

En el primer ensayo, "Psicología Dialectal", dice Reyes que, al llegar a España, notó que en América se habla una especie de dialecto del Castellano peninsular. Hay expresiones en las personas, matices pequeños casi imperceptibles, que hacen ver la diferencia entre nuestro lenguaje y el peninsular. Este no es ya tan castizo, aunque sí más puro, ya no fiel a su origen, sino que se ha mezclado con el espíritu de nuestros hombres dando una nueva lengua, más característica, más de acuerdo con nuestra situación. Tal parece que nuestra lengua es un pequeño dialecto del Español. Pero ¿qué es un dialecto? Pues es una lengua nueva, nacida de su radical, desarrollada, que en sí misma puede madurar o morir. "Un dialecto

es una emancipación, es el porvenir, esto es, el desprendimiento del seno materno para constituir una vida independiente". Y ésto que sucede con el lenguaje no es sino una manifestación del curso de nuestra historia. El futuro, como seres independientes que somos ya de nuestra madre, no depende ya de ella, sino de nuestras propias posibilidades.

Entre las formas dialectales tenemos una muy nuestra ¡Ora que me acuerdo! o mejor ¡Hora que me acuerdo! Ella significa un cambio de régimen de la conciencia, un cambio de proyecto. Vuelco brusco de la voluntad, más que de la razón, ejercicio puro de la libertad, de aquel que de pronto se emancipa de la corriente y del torbellino que los regímenes tienen. ¡Hora que me acuerdo! es saltar por encima de las cosas en busca de nuevas posibilidades.

En "Los Tres Reinos de México", nos habla de un libro que publicó Hoyningen Huene sobre México. El mérito del libro radica en que Huene nos conduce al seno mismo de nuestra circunstancia mexicana, a través del paisaje natural y de las obras creadas por el hombre. Piensa Reyes que este álbum fotográfico es importante para la comprensión de México, pues nos deja ver el punto de que parte el mexicano para actuar en la vida. Los "Tres Reinos de México", son: Paisaje, Arqueología y Arte Colonial. El autor no hace aparecer al hombre, sino que deja que éste se adivine a través de su sensibilidad mexicana. Por él se comprende la melancolía, los diversos giros que aparecen, v. gr., en la literatura. Los pensadores han estado de acuerdo en que el paisaje y la cultura americanas van siempre de la mano; una implica al otro, hasta convertirle en tema y motus de nuestra civilización.

En "Reflexiones sobre el mexicano" Reyes hace notar que el mexicano es reservado, desconfiado, y estas cualidades hacen de él algo así como un discípulo espontáneo de Descartes y lo dispone a ser un pueblo científico por excelencia, siempre y cuando llegue para él el bienestar y el acierto políticos, puesto que aún no han madurado.

Piensa Reyes, que por mucho que se piense en Europa, México no es un país de gente tropical; no es arrebatado y ciego, candorosamente confiado ni excesivo en las manifestaciones sentimentales y en las palabras inútiles. El mexicano es, al contrario, mesurado y sobrio, al punto de que todos los países de América nos parecen algo desmedidos e ilusos. Y esto lo podemos ver muy bien en el arte mexicano: de él escapa el dolor, desquite contra la amarga existencia. Nuestra poesía tiene la tendencia a la mesura y a la rotundez clásicas, que nada de tropical expresa. Todas estas cualidades del mexicano podrían ser explotadas en favor de su grandeza y de su maduración.

"Los Dos Augures", fragmento de novela, es un trozo pintoresco en el cual nos hace ver Reyes de qué manera algunos mexicanos europizados, del tiempo de don Porfirio, piensan que la patria es un mero accidente geográfico; que los hombres evolucionados no son de ninguna parte. Estos hombres inconformes de su situación creen salvarse de ella estableciendo un corte entre ellos y los indios. El indio, al contrario de ellos, está arraigado a la tierra y muere si se le arranca de su suelo, que es el clima de su alma. El español, en cambio, puede moverse por el mundo, es un hombre universal.

La crítica que hace Reyes a ese tipo de traidor americano es fina y llena de anécdotas. Ya nadie cree ni se preocupa por las teorías de la herencia, sin embargo, se cuentan todavía muchas cosas. Revelándose a estas historias ven al indio con desprecio, el autor expresa una viva fe y confianza en el mestizo hombre americano. Es cuestión de intencionalidad y de actitud. Con la intención se crean muchas cosas, incluso al hombre americano y su valer. Es lo que nuestros jóvenes anhelan: producir para sí mismos una nueva situación.

Hace notar en "Apodos", que en México se aplican los apodos a los defectos de los hombres. "Chaparrito", "Panzoncito", "Tuerquito", etc. Obedeciendo a la sensibilidad nuestra se dicen en dimi-

nutivo, como quien no quiere la cosa, para hacer más suave y menos hiriente el mote; Reyes se pone a pensar que este hecho sea una compensación del subconsciente. Es más bien un cierto varonil despego, un gesto magnánimo, como quien declara que no le duelen las prendas.

"Alfabeto, Pan y Jabón", es un ensayito donde Reyes habla de nuestra pobreza. Dice que acaso esta sea nuestro defecto por excelencia. La necesidad fundamental del hombre, comer, debe ser satisfecha antes que cualquier otra, pues de ella depende que el mexicano viva, y vivo, puede actuar y cultivar los campos que pretenda abarcar. Antes es menester vivir físicamente para luego alimentar el espíritu.

"A Vuelta de Correo" es la reproducción de una carta que envió Reyes a Héctor Pérez Martínez, de quien más tarde fué muy buen amigo. En ella responde a una serie de imputaciones que se le hicieron, diciendo que no se conoce en México todo lo que acontece en el extranjero. El, desde el exterior ha consagrado su obra a México. Hizo conocer nuestro mundo a través de la literatura, a todos los europeos. Y hace notar cuan absurdo es querer permanecer encerrado en casa, ocupándose solo de lo suyo; el mexicano, al contrario, tiene la necesidad de vivir atado a los demás, puesto que de no hacerlo, no es partícipe de la universalidad de los pueblos. A México le conviene que su voz se escuche en todas partes. La Revolución Mexicana y la Guerra Mundial nos obligaron a escrutar nuestro propio ser, a sacar recursos de nuestro seno y a enamorarnos de nuestras posibilidades. Pues "La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo". No vamos a hablar siempre de cosas mexicanas para que resalte nuestra mexicanidad. El autor mexicano puede ocuparse de cualquier tema universal, sin dejar de ser, por eso mexicano. Hay que asimilarse y asimilar lo universal. Si esta universalidad del pensamiento no existiera, nuestras categorías no podrían comprender nada de lo extranjero, por sernos com-

pletamente ajenas. Pero no sucede así. He aquí el síntoma de nuestra universalidad. La pintura mexicana actual es el mejor ejemplo de ello. Nuestros pintores, aunque reproducen exteriormente motivos mexicanos, lo hacen bajo las categorías de la cultura universal.

Laura M. DE MANZANO.

*Filosofía y Letras.* Revista de la

Facultad de Filosofía y Letras.

No. 45-46. México,

Imprenta Universitaria,

enero-junio de 1952.